

DON QUIJOTE Y SANCHO.



ios y las letras españolas me perdonen por el atrevimiento criminal de tomar nombres tan respetables para profanarlos.

Pero válgame la buena intención, que por ella se juzga en algunas ocasiones.

He oído que decían muchas veces, y aun he leído en periódicos extranjeros, que los españoles tenemos algo de Quijotes.

Y esta censura me pareció siempre tan injusta, como que pienso que ninguna ó muy pocas nos restan de aquellas nobles prendas que formaban el carácter del hidalgo manchego.

Dicen nuestros detractores que somos quisquillosos y quimeristas, y tan propensos á las imaginaciones de glorias y conquistas, como dados á desfacer cuarteos que no se nos hicieron.

Ya saben vds. que todas estas son acusaciones infundadas.

Tan infundadas, como que lo que menos tenemos nosotros es la manía de conquistar reinos, ni la de ganar gloria, ni las de captarnos gratitud, redimir cautivos ó siquiera desempeñar la capa al prójimo.

Ni *Quijotes*, ni quien tal dijo, sino *Sanchos* y muy *Sanchos*.

La descendencia del escudero más famoso entre cuantos escuderos se echaron á la vida airada de aventureros ó de cómplices de aventureros, es tan dilatada, que apenas si damos un paso tropezamos con un miembro de la familia.

Nos hablan de eso de África, y los soñadores, que siempre queda alguno, intentan impulsarnos por el camino de la prosperidad de la patria.

Los *Sanchos* hallan siempre respuesta á mano, corroborándola con refranes y consejas como el escudero de *Don Quijote*.

—Eso no haremos nosotros, que allá se está bien San Pedro en Roma, y cada uno en su casa y Dios en la de todos y en boca cerrada no entran moscas.

Que nos aconsejen obra que sea útil y aun necesaria en beneficio del prójimo, á cambio de algún sacrificio de nuestra parte.

Los *Sanchos* replicarán:

—A quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga, que más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena, y quien quiera peces ... que los pesque.

Se trata de realizar una empresa cualquiera, noble y honrosa, y en seguida salen los *Sanchos* diciendo:

—Lo mejor de los dados es no jugarlos, que de la mano á la boca se pierde la sopa.

En la vida íntima cada paso es un *guzapo* ó un *Sancho*.

Conozco sugelo que por salvar de un peligro á cualquier amigo, no sería capaz ni de hacerse la barba.

Si le piden limosna nunca la da, para no acostumbrar á los pobres á la vagancia.

Cuando alguien le censura, replica:

—En tomar y dar es fácil errar, y caridad bien ordenada empieza por uno mismo; y si no, hazte de miel y te comerán las moscas.

Jugando entre amigos, procura estafarlos inocentemente.

No se entusiasmen jamás los *Sanchos* con obras ajenas.

—No me atrevo á elogiar á los hombres,—dice alguno—por temor á que abusen de mi benevolencia; y á las mujeres, menos, porque me sacarían el dinero y se mofarían de mí.

—Yo llevo constantemente—decía otro *Sancho*—cigarros de dos clases: habanos para mi uso, y de perro chico¹ para los amigos, que á caballo prestado no hay que mirarle el diente, y más vale un *toma*, que dos *te daré*.

Cuando se les proporciona algún negocio y creen que les conviene, á su fin van derechos, aun cuando hayan de sacrificar á su mejor amigo.

Luego creen haber cumplido con decirle lo que un transeunte á otro, cuando le pisa y le deshace un juanito:

—Vd. dispense.

Pero si el negocio es ruinoso, pronto se lo endosan á cualquier infeliz diciéndole.

—Es de ganancia segura; yo se lo cedo á vd. porque le estimo, y que si se ha de perder ó ha de llevarse otro, vale más lo malo conocido que lo bueno por conocer.

Con que si éstos y otros muchos como éstos, y los que encuentran materia para las explotaciones del prójimo y para desconfiar de todos, tienen algo de espirituales y de *Quijotes*, que venga Dios y lo vea.

Sanchos y muy *Sanchos*, con todas sus condiciones de malicia, astucia, egoísmo, avaricia y grosería, hay muchos para servir, ó mejor dicho, para no servir á Dios ni á sus semejantes.

EDUARDO DE PALACIO.

LA CATEDRAL DE TOLEDO.

Indiferente el mar crucé y los ríos,
Las fértiles campiñas cultivadas,
Y las selvas desiertas y azotadas
Por huracanes roncós y bravíos.

Vi las montañas con sus picos fríos
Por las eternas nieves coronadas,
Reí en las ciudades levantadas
Por señores y príncipes impíos.

Pero en tu inmensa catedral, ¡Toledo!
Hay no sé qué misterio que me asombra.
Mi espíritu vacila, tengo miedo,

Que se adivina á Dios entre tu sombra
Y aunque quisiera resistir, no puedo;
Tiembla mi labio y con pavor le nombra.

México, 18 de Abril de 1885.

VICENTE RIVA PALACIO.

LO QUE NO MUERE.

¿Suspiros?... ¡Aire!—¿Lágrimas?... ¡Agua!
¿Insomnios?... ¡Nervios! Teneis razón:
¡Y yo no duermo llorando penas!
Y yo suspiro sintiendo amor!

Seres felices los que ignoramos
Que amor, ternura, dicha y pesar,
Sólo son causas que determinan
Las secreciones del lagrimeo!

Hay algo oculto, misterio santo,
De nuestra vida fuerza y poder,
Ignota llama, constante impulso
Que todos sienten, que nadie ve.

¿La sangre, acaso? ¡callad, ilusos!
¿La sangre puede reír, llorar?
¿Guardan sus globos los pensamientos,
Las esperanzas, lo inmaterial?

¿Quizá los nervios? Hilos que llevan
Hasta el cerebro, ¿a sensación,
¿También transmiten los sentimientos
Que nos elevan buscando á Dios?

Duermo en la alcoba sola y oscura,
Y no es tan negra mi soledad,
Pues ya dormido, con otros ojos
Miro las formas de lo ideal.

¿En qué pupilas y en qué retina
Se graba el ángel que alcanzo á ver?
¿Por qué sin ojos mirarlo puedo,
Y estando mudo le hablo también?

¿Sangre? No bastas para la mente!
Prestas al barro tinte y calor,
Y de igual modo correr podrías
Dentro la estatua de Pigmalión.

Mas, este impulso secreto y vago
Que le llamamos: sentir, pensar
Que nos eleva, que nos contiene
Que deja al barro y al cielo va.

¹ Moneda que equivale en Madrid á la quinta parte del real.